

COSAS QUE NO QUIERO SABER

Deborah Levy

1

PROPÓSITO POLÍTICO

Tú eres tu vida, y nada más.

JEAN-PAUL SARTRE,

A puerta cerrada (1944)

Aquella primavera en que la vida se hacía cuesta arriba y yo andaba peleada con mi suerte y sencillamente no veía hacia dónde ir, lloraba sobre todo en las escaleras mecánicas de las estaciones ferroviarias. Bajando no pasaba nada, pero había algo en el hecho de permanecer quieta y dejarme subir que lo desencadenaba. Las lágrimas brotaban de ninguna parte, y para cuando coronaba las escaleras y notaba el viento entrando a ráfagas tenía que poner todo mi empeño para reprimir el llanto. Era como si el impulso de las escaleras mecánicas que me transportaban adelante y arriba fuera la expresión física de una conversación que mantenía conmigo misma. Las escaleras mecánicas, que en los primeros días de su invención se llamaban «escaleras viajeras» o «escaleras mágicas», se habían convertido misteriosamente en zonas peligrosas.

Me aseguraba de que no me faltara lectura en los viajes en tren. Fue la primera vez en mi vida que disfruté leyendo columnas sobre lo que le pasaba al cortacésped del periodista. Cuando no estaba absorta en cosas así (que para mí eran como si me inyectaran un dardo tranquilizante) el libro que más leía era la novela corta *Del amor y otros demonios* de Gabriel García Márquez. De todos los personajes con y sin amor que soñaban y maquinaban en hamacas bajo el azul del cielo caribeño, el único que me interesaba de verdad era Bernarda Cabrera, la disoluta esposa de un marqués que había renunciado a la vida y a su matrimonio. Para escapar de la suya, Bernarda Cabrera prueba el «chocolate mágico» de Oaxaca gracias a su amante esclavo y comienza a vivir en estado de delirio. Adicta a las tabletas de cacao y la miel fermentada, pasa la mayor parte del día tirada desnuda en el suelo del dormitorio, «envuelta en el fulgor de sus flatos letales». Para cuando me apeaba del tren y comenzaba a llorar en las escaleras que aparentemente me invitaban a leerme la mente (en un momento de mi vida en que prefería leer otras cosas) empezaba a considerar a Bernarda un ejemplo a seguir.

Comprendí que las cosas tenían que cambiar cuando una semana me descubrí mirando fijamente un póster de mi lavabo titulado «El sistema óseo». Mostraba un esqueleto humano con sus órganos internos y huesos etiquetados en latín y yo siempre me equivocaba y leía «El sistema social». Tomé una decisión. Si las escaleras mecánicas se habían convertido en máquinas de tórrida emotividad, un sistema que me transportaba a lugares a los que no quería ir, ¿por qué no comprar un billete a algún sitio al